moral; si estamos persuadidos de que para hacer feliz y virtuoso á un pueblo es necesario trabajar con todas nuestras fuerzas para facilitar la frecuencia de los matrimonios, examinemos al menos antes de entregarnos á este sistema cuales son los medios porque hemos de llegar al fin que nos hemos propuesto.

CAPITULO IV.

Consecuencias de un sistema contrario al nuestro.

Es evidente que cualquiera que sea el acrecentamiento de las subsistencias como el de la poblacion no puede alcanzarle, á no ser que los alimentos se encuentren repartidos en porciones tan pequeñas, que sean lo extrictamente preciso para vivir. Todos lo niños que nazcan mas allá del número necesario para mantener la poblacion en este estado deben perecer necesariamente á menos que no ocupen el lugar de los adultos muertos. Se ha visto en todo el curso de esta obra que en los estados ya largo tiempo constituidos, los matrimonios y los nacimientos dependen principalmente de las defunciones, y que para obligar á casarse jóvenes el mejor estímulo es una gran mortalidad. Para ser consecuentes será necesario, que lejos de contrariar á la naturaleza favorezcamos la mortalidad que ella produce. Y si nos atemoriza el hambre tendremos el recurso de evitarla con otros medios de destruccion. En vez de encargar á los pobres la limpieza les propondremos costumbres contrarias. Procuraremos que en las ciudades sean las calles estrechas, hacinaremos los hombres en las casas y tanto haremos que al fin vendrá á visitarnos la peste. Cuidaremos en el campo de colocar las habitaciones junto las aguas corrompidas y en los parajes mal sanos y pantanosos evitando sobre todo los perservativos que algunos hombres benéficos oponen á ciertos contagios. Si con esta conducta podemos llegar á hacer subir la mortalidad desde la relacion actual de 1 por 36 ó 40 hasta la de 1 por 18 ó 20 es casi probable que todo individuo podrá casarse en llegando á la pubertad y que habrá pocas personas que se vean en la precision de morirse de hambre.

Pero si queremos que haya casamientos prematuros y al mismo tiempo oponernos á las operaciones destructivas de la naturaleza estemos seguros de que no lo lograremos: la naturaleza ni quiere ni puede ser dominada y la mortalidad que exige la poblacion tendrá lugar de un modo ó de otro. La estirpacion de una enfermedad será la señal de la invasion

de otra mas funesta. La naturaleza llama sin cesar nuestra atencion con motivo de los castigos que nos impone, proporcionados al olvido de los deberes que nos ha prescrito. Es menester pues que en Inglaterra no tengan efecto estos avisos. El obstáculo privativo cuyo efecto es evitar la poblacion obra aqui con fuerza y esta es la razon porque los castigos son moderados. Pero si prevaleciera la costumbre de casarse á la edad de la pubertad bien pronto se agravarian. Los males políticos se unirian á los físicos. Un pueblo aguijoneado por el sufrimiento constante de su miseria y visitado frecuentemente por el hambre solo podrá ser sujetado por el mas duro despotismo. Vendriamos á parar al estado en que se encuentran los pueblos del Egipto y Abisinia. Ahora pregunto ¿se cree que seremos entonces mas virtuosos?

Si por una parte tememos predicando la virtud y la violencia moral favorecer á ciertos vicios y si por otra el espectáculo de todos los males que trae consigo una poblacion excesiva nos hace temblar de estimular los matrimonios y por consecuencia pensamos que lo mejor es no entrometernos á dirigir las conciencias en este punto sino dejar que cada hombre siga libremente su eleccion haciéndole responsable ante Dios del bien ó mal que haga, esto es lo que yo pido y sentiria obtener mas.

En las clases inferiores en donde este punto de moral es de la mayor importancia, las leyes relativas á los pobres son un estimulo al matrimonio que obra constante y sistemáticamente porque quitan á cada individuo la carga de la responsabilidad que la naturaleza impone á todo padre. La beneficencia destruye la misma tendencia y facilita el sustento de una familia ó iguala en cuanto es posible las cargas del matrimonio con las del celibato.

En las clases superiores se escita al matrimonio por los miramientos que se tienen á las mugeres casadas y por la mucha consideracion que se les dispensa y la poca que se manifiesta á las que viven en el celibato. Sucediendo por esto que hombres que nada tienen de agradable ni en su genio ni en su figura y están en una edad avanzada encuentran fácilmente esposas jóvenes, mientras la naturaleza parece indicar que estos hombres habian de unirse con personas proporcionadas á su edad. Es indudable que muchas mugeres solo se casan por evitar el nombre de solteronas. Demasiado alarmadas de la especie de ridículo que una preocupacion necia y absurda ha unido á ellas se determinan á casarse con hombres en los que si no aborrecen por lo menos tienen hácia ellos una completa indiferencia. Tales matrimonios son una prostitucion legal á la